UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL,

JUGUETE CÓMICO EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO F. VILLEGAS,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

DON FELIPE CARSÍ.

Representado por primera vez en Salamanca, en el Teatro del Liceo, el 4 de Mayo de 1872.

SALAMANCA:
IMPRENTA DE OLIVA Y HERMÁNO, RUA, 25.
1872.

[385:11]

UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL,

JUGUETE CÓMICO EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO F. VILLEGAS,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

DON FELIPE CARSÍ.

Representado por primera vez en Salamanca, en el Teatro del Liceo, el 4 de Mayo de 1872.

SALAMANCA:
IMPRENTA DE OLIVA Y HERMANO, RUA, 25.
1872.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EL ENVIDIOSO, Comedia en un acto.
¡UN MOMENTO DE LOCURA!, Juguete cómico en un acto.
UNA VÍCTIMA DE LA INTERNACIONAL, Juguete cómico en un acto.

La propiedad de este juguete cómico pertenece á su autor.

Los SS. GULLON É HIDALGO y sus corresponsales y agentes son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

PERSONAGES.	ACTORES.
D. PATRICIO.	Sr. Carsí.
LEON.	Sr. Martin.
D.ª SINFOROSA.	Sra. Marquez.
ADELA.	Srita. Malli.
D.ª GUMERSINDA. . . .	Srita. Montijano.

La accion en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puerta en el foro: otra en el lado izquierdo; y en la derecha un velador con periódicos.

ESCENA PRIMERA.

D. PATRICIO, sentado junto al velador, leyendo; ADELA, en el otro extremo, cosiendo; y LEON á su lado en pié.

LEON. ¿Ni una esperanza siquiera?
ADELA. No señor; ¡hay tal porfía!
LEON. Destruye usted mi alegría
¡ay! es usted una fiera!
ADELA. Gracias por tanto favor.
LEON. ¡Y me veo despreciado,
y lo que es más desahuciado,
abrasándome de amor!
Pero por Dios, Adelita,
no destroce usted mi alma....
esa sonrisa mi calma
destruye, el juicio me quita.
Eso es burlarse de mí,
y la burla, la irrision
no la tolera Leon.
¿Lo oye usted? ¿lo oye usted?
ADELA. Sí:
por mi mal oyendo estoy,
hace tiempo con paciencia,
tanta y tanta impertinencia,

que por no oir más, me voy.
(Se levanta y hace ademan de marcharse.)

LEON. (Deteniéndola) ¡Por Dios, ángel hechicero,
por Dios, mi cándida estrella,
no sea á la par que bella
cruél! Mi amor verdadero,
que esos ojos inspiraron
tan inmenso é insondable,
tal vez haga que yo hable
disparates; si faltáron
á su respeto, perdon
le demanda quien la adora;
no me niegue usted traidora
una grata absolucion.
(Con fatuidad)
En brazos de la fortuna,
desde que nací llevado,
todo á mi se ha doblegado,
y hasta ya me era importuna
la facilidad estraña
con que enamorar sabía
á Juana, á Petra, á Lucía,
á Trinidad...

D. PATRICIO. (Leyendo) En España,
con asombro general
de la gente que la manda,
trabajos de prapaganda
hace «La Internacional.»

ADELA. No sea usté impertinente,
y pues tantas niñas bellas
sufren por usted querellas,
déjeme á mí.

D. PATRICIO. (Leyendo) Lo existente
sufre y gime bajo el peso
del abuso general;
solo «La Internacional»
puede arreglar tanto esceso.

LEON. ¿Por qué destruir tan pronto
mi ilusion rica y potente,
por qué este dolor ardiente,
por qué?

ADELA. Porque es usted tonto.

D. PATRICIO. (Leyendo) Y demostró el orador
con gran elegancia y juicio,
que el trabajar es un vicio
de los de marca mayor;
que se opone al bien social,
porque el que trabaja adquiere,
y el que algo tiene, no quiere
ser de La Internacional.

LEON. ¿Eso me dices ingrata?
Pues que deséchas mi amor
y mi juventud en flor
tanto desprecio la mata;
pues que mis suspiros son
tu pena más inhumana,
¡ay! para Cuba mañana
saldrá este fiero Leon.

ADELA. Me place.

LEON. Como quizás
haga por mi ruego Dios
que varíe usté, á las dos
volveré.

ADELA. Estará de más.

ESCENA II.

D. PATRICIO.—LEON.

LEON. ¡Que estará de más ha dicho,
que estará de más, ¡ingrata!
D. PATRICIO. Pues señor, me afirmo en ello,
esta doctrina es muy sana.
LEON. (Acercándose con rapidez y esplosion)
Señor D. Patricio....
D. PATRICIO. Qué
hombre, qué es lo que le pasa?
LEON. Qué pasa? el dolor que estiende
sobre mí sus negras alas.
D. PATRICIO. Que estiende las alas? bueno;
es que sin duda se marcha.
LEON. Usted no comprende todo
el horror de mi desgracia.
D. PATRICIO. Como usted no me lo diga....
LEON. Que Adelita no me ama.
D. PATRICIO. No es estraño.
LEON. ¿Nó... por qué?
D. PATRICIO. Porque tiene usté una cara,
yo, no quisiera ofenderle,
pero que de valde, es cara;
mas no debe impacientarse,
que usted es rico, á Dios gracias,
como que su madre es dueña
en Madrid de veinte casas,
que de todas la que menos
produce es esta, y con maña

sabrá buscarle una novia
elegante, rica y guapa;
porque segun tengo oido
la tal señora es muy sábia.

LEON. ¿Usted la conocerá?

D. PATRICIO. No me cabe honra tan grata;
pero me ha dado noticias
de sus bellas circunstancias
(el que le debo tres años
y todavia me aguanta)
su apoderado D. Lope
cuando viene á la cobranza.
Así qué, usted, Leoncito,
debe tener mas cachaza.
Si mi niña no le quiere,
¡qué remedio! hay mil muchachas
que con el alma y la vida
rendirán á usted sus gracias.
En el dia, amigo mio,
el dinero es una ganga,
tras la que corren ansiosas
las mujeres.

LEON. No es exacta
esa regla, porque Adela...

D. PATRICIO. Es la escepcion necesaria
para que la regla exista.

LEON. Pues ¡ay! la escepcion me abrasa
y por eso D. Patricio
me voy á Cuba mañana.

D, PATRICIO. Buen viaje.

LEON. ¿Y no se asusta,
no se estremece y espanta?

¿Sabe usted por qué me voy?

D. PATRICIO. Porque le dá á usted la gana.

LEON. Voy... porque allí está la muerte
y la muerte me hace falta.

D. PATRICIO. Pues mire usté es un capricho
que me huele á estravagancia.

LEON. ¡Para que quiero la vida?...

D. PATRICIO. Es un hecho, para nada.
Siendo una cosa tan nimia,
tan indiferente y vaga,
al contratiempo mas chico
se tira por la ventana.
(Este pollo, no está sano.)

LEON. Señor D. Patricio, gracias;
usted acaba de darme
lo que á mi valor faltaba.
Réstame, aunque muy pequeña,
una postrer esperanza;
mas si tambien la destruye
con obstinacion la ingrata,
mi resolucion es firme,
si señor, y siento plaza.

D. PATRICIO. Hará usted bien.

LEON. ¿Con que aprueba
mi determinacion?

D. PATRICIO. Vayá.
(Con tal de que en paz me deje
de su importuna matraca.)

LEON. Pues iré á Cuba, y allí
en descomunal batalla
moriré como un valiente,
y mi sangre, destilada

gota á gota, sobre Adela
caerá, quitando á su alma
la dulcísima ventura
en que se arroba y encanta:
y en las noches, cuando todo
quede en la tranquila calma
que al espíritu engrandece,
y su mente á buscar vaya
esos mágicos ensueños
de brillantez sobrehumana
que la inocencia posée,
hallará solo un fantasma,
por la sangre enrojecido,
que le gritará: «inhumana,
yo soy aquel Leoncito
que tanto y tanto te amaba.»
A Dios.

D. Patricio. Oiga usted.

Leon. A Dios:
no oigo nada, nada, nada.

(Al salir Leon tropieza con D.ª Sinforosa.)

D.ª Sinforosa. ¡Ay mi mantilla de encage!

ESCENA III.

D. PATRICIO.—D.ª SINFOROSA.

D.ª Sinforosa. ¿Aun estás aquí, Patricio?
¡Vamos eres mi cilicio!

D. Patricio. Ya empezamos.

D.ª Sinforosa. De corage,
no sé como no reviento.

D. Patricio. Por privarme de descanso.
D.ª Sinforosa. Marido, tu eres un ganso.
D. Patricio. Algo mas, soy un jumento
porque sufro...
D.ª Sinforosa. La una ha dad
D. Patricio. Y bien.
D.ª Sinforosa. ¡Qué serenidad!
¿Y la oficina?
D. Patricio. Es verdad,
pues se me habia olvidado.
D.ª Sinforosa. Qué dira Don Timoteo,
qué dirá...
D. Patricio. Que ha de decir,
que....
D.ª Sinforosa. Si te va á despedir.
D. Patricio. Despedirme? no lo creo.
D.ª Sinforosa. Ya sabes que el otro dia
dijo, que estás distraido,
que vas tarde, que ha tenido
que arreglar la algarabía
que armaste á un corresponsal...
D. Patricio. ¡Ay! que me traigan el óleo!
D.ª Sinforosa. Porque pusiste petróleo
para «La Internacional.»
D. Patricio. Qué memoria tienes.
D.ª Sinforosa. Si,
y las verdades amargan.
D. Patricio. Y esposas como tú cargan
al mismo Job.
D.ª Sinforosa. Pues aquí
ya estas de más.
D. Patricio. ¿Qué, qué?

D.ª SINFOROSA. Nada:
á cumplir con tu deber.
D. PATRICIO. No te incomodes mujer.
D.ª SINFOROSA. ¡Me tienes más abrasada!
Vete.
D. PATRICIO. Calma, Sinforosa.
D.ª SINFOROSA. Si no te vas....
D. PATRICIO. Ya me voy.
D.ª SINFOROSA. Nos oirán los sordos hoy.
D. PATRICIO. Que dulcísima es mi esposa.
D.ª SINFOROSA. Dulce ó no dulce, cumplir
sé siempre mi obligacion,
en tanto que tú....
D. PATRICIO. Chiton,
y basta ya de reñir.
D.ª SINFOROSA. ¿Aun querrás avasallarme?
no soy ninguna fregona,
soy Sinforosa Perona.
D. PATRICIO. ¡Tu quieres asesinarme!
¿Quién te dice que no seas
Perona de arriba abajo,
ni quien nombró el estropajo?
D.ª SINFOROSA. ¡Ola, tambien me jaleas!
¿A mi con bromas, Patricio?
Tú no me conoces.
D. PATRICIO. ¡Báh!
hace treinta años ya
que juntos...
D.ª SINFOROSA. ¡Ay! qué suplicio!
¿pero no te vas?
D. PATRICIO. Si, si,
¿me quieres dar el baston?

D.ª SINFOROSA. ¡Ay, si fuera un escorpion!
¡qué desgraciada nací!
D. PATRICIO. Hasta luego, vida mia:
que se te pase el enfado.
D. PATRICIO. Insolente, mal criado.

ESCENA IV.

DOÑA SINFOROSA.—ADELA.

ADELA. ¿Qué es esto? ¡qué gritería!
D.ª SINFOROSA. Grito lo que se me antoja:
¿Lo oye usted?
ADELA. Pero, mamá,
¿qué motivo he dado yo...?
D.ª SINFOROSA. ¿Me quiéres dejar en paz?
ADELA. Si señora; mas no entiendo...
D.ª SINFOROSA Ni te hace falta.
ADELA. Es verdad.
D.ª SINFOROSA. No me repliques, Adela.
ADELA. Si no replico, mamá.
D.ª SINFOROSA. Pues mira que estoy ahora...
¿Acabaste el delantal?
ADELA. No señora.
D.ª SINFOROSA. Pues qué has hecho?
ADELA. Primero, leer á papá
los periódicos.
D.ª SINFOROSA. ¡Me gusta!
Ya, si es preciso, podrás
echar tu cuartito á espadas
en política, y aún dar
soluciones y consejos

al más pintado. ¿Es verdad?
que eso es mejor que coser,
que barrer y que limpiar.
Y, despues que has hecho, niña,
hasta la una?

ADELA. Mamá...
vino Leoncito y...

D.ª SINFOROSA. ¿Qué?

ADELA. Y nos pusimos á hablar.

D.ª SINFOROSA. Y tú padre, dónde estaba?

ADELA Ahí leyendo.

D.ª SINFOROSA. ¡Cabal!
¡linda mañana! ¡soberbio!
mira, te voy á matar,
¡pues me gusta la frescura!
Paciencia no tengo ya.
¿Qué te ha dicho Leoncito?

ADELA. Tonterías.

D.ª SINFOROSA. ¿Sí?

ADELA. ¡Mamá!

D.ª SINFOROSA. Te habrá dicho.—Vida mia,
querubin, ángel, beldad,
yo la adoro á usted mi estrella.

ADELA. Me va usted á sofocar.

D.ª SINFOROSA. ¿A sofocarte? ¿de veras?
Lo que voy á hacer es á...
Apártate de mi vista;
pero no, no, ven acá.
Si por tu desgracia, Adela,
llego otra vez averiguar
que ese pollo insulso te habla
cuando yo no esté, verás

lo que te pasa. ¡Es muy lindo
á una niña enamorar
cuando la mamá está ausente
y se encuentra su papá
en la Commune. Mas no tiene
el pollo la culpa, ¿estás?
la tienes tú, si señora,
tú la tienes.

ADELA. ¿Yó?

D.ª SINFOROSA. Cabal,
si no le dieras oidos...

ADELA. Pues desahuciado está ya.

D.ª SINFOROSA. No te creo.

ADELA. Si le he dicho
que es un fastidioso.

D.ª SINFOROSA. Cáa.
Si por tener novio sois
capaces de reventar.

ADELA. La que no le tenga bueno,
pero yo...

D.ª SINFOROSA. ¿Luego es verdad
que si viene...?

ADELA. Si no es él.

D.ª SINFOROSA. ¿Pues quién es?

ADELA. El oficial
que estuvo alojado en casa.

D.ª SINFOROSA. ¡Ah! bribonaza, ahí está
por qué con tanta aficion
en lugar de trabajar
los periódicos buscábas.

ADELA. Como que está en Cuba.

D.ª SINFOROSA. ¡Yá!

pues hoy mueren tus amores.
Ahora mismo á escribir vas,
que los tenientes te aburren.

ADELA. Pero si ya es capitan.

D.ª SINFOROSA. ¡Ah! Capitan?

ADELA. Si señora.

D.ª SINFOROSA. Pues entonces á esperar;
serle fiel, serle constante,
su pasion alimentar,
que no se encuentra, Adelita,
cada instante un capitan.
(Suena la campanilla estrepitosamente)
Pero llaman: ¿Qué imprudente
con esa prisa vendrá?

ESCENA V.

LOS MISMOS.—D. PATRICIO (que entra apresuradamente y descompuesto.)

D. PATRICIO. ¡Reniego de mi fortuna!

D.ª SINFOROSA. Pero qué te pasa?

D. PATRICIO. Huye.

ADELA. Papá mio.

D. PATRICIO. Dejame,
(Amenazando con el baston)
la que se acerque sucumbe.

D.ª SINFOROSA. ¿Te has vuelto loco, Patricio?

D. PATRICIO. Ojalá!

D.ª SINFOROSA. ¿Pues qué te ocurre?

D. PATRICIO. Despues de tantos afanes
¡oh! mundo de ingratitudes!
La sociedad por su base

ella misma se destruye;
pero nosotros, nosotros,
con firmeza indisoluble,
despues de la gran catástrofe,
lograremos que se encumbre.

D.ª SINFOROSA. Veo que no acabas hoy
de disparatar.

D. PATRICIO. No dudes,
que se acerca el fin terrible.

ADELA. ¡Ay! papá, no nos asustes.

D. PATRICIO. Ya la tierra se estremece,
ya el sol sus brillos encubre,
ya el violento huracán
con ímpetu fiero ruje.
Ya las ideas se encrespan:
el hombre el miedo sacude
que sujeto le ha tenido
en amarga servidumbre.
Y luego... luego... no ves?
una nueva aurora luce:
qué tibias las brisas son;
qué suave armonía, dulce
como el trinar de las aves
que á fresca enramada acuden.
Y es, que la idea ha triunfado,
ha triunfado, no lo dudes:
trás la tempestad la calma.

D.ª SINFOROSA Como no tiene costumbre,
se ha puesto como una cuba.
Corre, Adela, y á la lumbre
pon agua y hazle café.

D. PATRICIO. Mis ideas, se confunden.

ESCENA VI.

D. PATRICIO.—D.ª SINFOROSA.

D.ª SINFOROSA. Y no lo estraño, Patricio,
te habrás escedido mucho.
D. PATRICIO. Esto más ¡Cielos! escucho
para fin de mi suplicio.
Figúrate que llegué,
estaba sério, muy sério,
mas yo con mi buen criterio,
conociéndole, no hablé.
Tomo asiento, abro el pupitre,
saco un libro, y á escribir;
mas me vino á interrumpir
diciéndome:—So velitre,
usted se quiere muy mal:
no me sirven utopistas,
ni menos propagandistas
de... de «La Internacional.»
Yo, si pago á un dependiente
es para que sirva bien;
¿quién le ha metido á usted, quién
en ese lio? Imprudente
ha abusado usted de mí,
y que abuse más no quiero;
y alargándome el sombrero,
añadió:—fuera de aquí.
D.ª SINFOROSA. Con que al fin te ha despedido.
D. PATRICIO. Si hija, como á un criado.
D.ª SINFOROSA. Ya te lo habia anunciado
y tú jamás me has creido.

D. Patricio. Egoismo criminal,
¿no veía ese jumento
que todo mi pensamiento
lo absorvía el bien social.

D.ª Sinforosa. Y qué le importaba á él:
la obligacion es primero.
Tú al recibir su dinero...

D. Patricio. Calla. ¡Oh! sarcasmo cruel.
Con que es decir, que entregado
á una existencia guarismo,
era mi mente un abismo
sin ideas? ¿Que encerrado
detrás de un libro de Caja,
tan solo debia ver
aquí el debe, allí el haber?
¡Oh, primero la mortaja!
Si el que paga, no comprende
en su afanar avariento
que el hermoso pensamiento
el que sirve no le vende,
se lo haremos comprender
los hombres de mi calibre.

D.ª Sinforosa. Si señor, ya estás muy libre,
ya nada tienes que hacer,
ya realizaste tu afan,
y al mundo dices contento;
—no se vende el pensamiento—
¿mas con qué compras el pan?

D. Patricio. Materialidad inmunda
ante tu ley me pronuncio:
si señor, no comeré,
pero al menos pensaré:

desde hoy á comer renuncio.

D.ª SINFOROSA. Dime, Patricio, no sabes
que con eso no se alcanza...
y que por fin de la panza
dicen que sale...

D. PATRICIO. No acabes:
con adagio tan vulgar
me has convencido. ¡Ilusiones ..!

D.ª SINFOROSA. Déjate ya de sermones,
y á ver como remediar
podemos...

D. PATRICIO. Es desatino:
no te canses, mi destino
es Sinforosa rabiar.

D.ª SINFOROSA. Que rabies tú es lo de ménos;
pero dime ¿y yó y mi hija?

D. PATRICIO Tienes razon .. que se aflija
y aflíjete tú; ¿qué haremos?

D.ª SINFOROSA. El medio es muy bueno.

D. PATRICIO. ¿Y qué?
hallas otro mejor tú?

D.ª SINFOROSA. Que te lleve Belcebú.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—ADELA (con una taza de café.)

ADELA. Aquí tiene usté el café.

D. PATRICIO. ¿Qué café, ni qué diablura?
Sin duda has perdido el juicio.

D.ª SINFOROSA. No la hagas caso, Patricio.

D. PATRICIO. ¿He comido por ventura?

ADELA. Ande usted, beba usté un poco,
le sentará la cabeza.

D. PATRICIO. Pues me gusta la agudeza;
¿estoy por acaso loco?

ADELA. No señor, pero ande usted:
está muy rico, muy rico.

D. PATRICIO. Mira Adela, cierra el pico,
porque si nó... lárgate.

ADELA. ¡Ay! mamá, no se le pasa.

D.ª SINFOROSA. (A Adela) Quita, torpe.

ADELA. (A D.ª Sinforosa) ¿Qué ha ocurrido?

D.ª SINFOROSA. (A Adela) Que estás en Belen.

ADELA. (Torcido
anda el rumbo de mi casa)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—D.ª GUMERSINDA.

D.ª GUMERSINDA Buenos dias ¿D. Patricio...?
¡ah! ya le veo. (Va hácia á él, le coge del brazo y le habla al oido)

D.ª SINFOROSA. ¡Me gusta!
¡La serenidad alabo!
cómo le asedia y le abruma,
y él se pone colorado,
y ahora amarillo, y se turba,
y me mira de reojo,
y tiembla y las manos junta,
y se arrima mas á ella.

D.ª GUMERSINDA. Responda usté á mi pregunta:

D. PATRICIO. Señora por Dios... Señora,

no sea usted importuna:
si mi mujer se apercibe
del esceso de mi culpa,
se va á armar un dos de Mayo.

D.ª GUMERSINDA. Nada, nada, sin escusa,
sin dilacion, sin demora,
porque estoy hecha una furia.

D.ª SINFOROSA. Yo no puedo sufrir mas.
Oiga usted Doña...

D.ª GUMERSINDA. (Sin hacer caso á D.ª Sinforosa) Ninguna
razon escucho. ¿Protestas?

D.ª SINFOROSA. Pero soy yo de la inclusa
por acaso...

D.ª GUMERSINDA. (A D.ª Sinforosa con imperio)
Calle usted.

D.ª SINFOROSA. Que yo calle? ¡pues me gusta!
No quiero callar, no callo.

D.ª GUMERSINDA. (A D.ª Sinforosa)
Juzga usted que así me asusta?
pues se equivoca usted mucho.
Don Patricio, mi pregunta
necesita una respuesta.

D.ª SINFOROSA. ¿Y quién es usted...?

D.ª GUMERSIEDA. (A D. Patricio) ¿Rehusa
contestar?

D.ª SINFOROSA. Señora mia,
usted de mi calma abusa,
y soy muger de (Amenazándola)

ADELA. (Interponiéndose) Mamá.

D.ª SINFOROSA. Déjame.

D. PATRICIO. ¡Qué baraunda!

D.ª SINFOROSA Poquito á poco y sepamos

con qué derecho pregunta

D.ª GUMERSINDA. (Señalando á D. Patricio.)
Por que es un pérfido infame
que de la inocencia abusa.

D.ª SINFOROSA. ¿Esas tenemos, Patricio?

D. PATRICIO. Usted señora, me insulta.

D.ª GUMERSINDA. Yo no insulto; no señor,
me asiste razon muy justa.
¿Y el hijo de mis entrañas?

D.ª SINFOROSA. ¡Un hijo!

D. PATRICIO. Por Santa Úrsula,
esplíquese usted.

D.ª SINFOROSA. Marido,
tanta iniquidad me asusta.

D.ª GUMERSINDA. Si señora, es un infame;
seduce, exalta, deslumbra.

D.ª SINFOROSA. A sus años ¡oh! perfidia!
vas á morir á mis uñas.
(Va á avalanzarse)

ADELA. (Interponiéndose) ¡Pero mamá de mi vida!

D. PATRICIO. Basta ya: no me interrumpan,
porque con este desórden
no terminaremos nunca.

D.ª SINFOROSA. Quién es usted?

D.ª GUMERSINDA. Quién soy yo?
una mamá, sin ventura
¡ay! por ese hombre cruél.

D. PATRICIO. Que no te quedases muda.

D.ª GUMERSINDA. Pues si, mi querido hijo...

D. PATRICIO. ¿Volvemos á la disputa?

D.ª SINFOROSA. Siga usted eso del hijo,
que me interesa.

D.ª GUMERSINDA. Presuma
que es un completo buen mozo,
una arrogante figura,
veintidos años cumplidos...

D.ª SINFOROSA. ¡Ay, la rabia me sofoca,
voy á dar un estallido,
¿y usted se atreve...?

D.ª GUMERSINDA. Iracunda
á demandar á su esposo
el por qué de su conducta.
(Dirigiéndose á Adela)
Y usted, niña aderezada,
dígame, por qué no gusta
de él?

ADELA. Y diga usted, quién es él?

D.ª GUMERSINDA. Él es el jóven gallardo
que aquí...

ADELA. ¡Jah! ¡jah!

D.ª GUMERSINDA. Qué ¿se burla?

ADELA. Si es Leoncito, mamá.

D. PATRICIO. (Llevándose á D.ª Sinforosa al otro lado del escenario y señalando á D.ª Gumersinda)
Y ella, esposa pudibunda,
es la leona.

D.ª SINFOROSA. ¿Qué dices?

D. PATRICIO. Que es la casera iracunda
que me ha dicho:—ó tu me pagas,
ó antes que el dia concluya
te plantaré en el arroyo.

D.ª SINFOROSA. ¿Y eso es posible?

D. PATRICIO. Y lo duda,
cuándo la debo tres años.

(A D.ª Gumersinda con mucha humildad)

Señora, lleno de angustia
vengo á pedir que se apiade
de mi estado...

D.ª GUMERSINDA. Bajo de una
condicion.

D. PATRICIO. Diga usted.

D.ª GUMERSINDA. Mi hijo,
que no ha de partir á Cuba.

D. PATRICIO. Pero Doña Gumersinda...

D.ª GUMERSINDA. Usted, usted que ha apoyado
resolucion tan absurda.

D. PATRICIO. ¿Yó?

D.ª SINFOROSA. Desvanecerla le toca.

D.ª GUMERSINDA. Sinó, mi rabia fecunda
en medios, hará que deje
esta casa, y sin escusa
le embargaré hasta los ojos.

D. PATRICIO. ¡Piedad!

D.ª GUMERSINDA. No hay piedad ninguna;
pero si consigue usted
que mi hijo no vaya á Cuba,
no solo perdonaré
cuanto me debe....

D. PATRICIO. Concluya.

D.ª GUMERSINDA. Sino que será de usted
esta casa.

D. PATRICIO. No se burla?
¡Si vale casi un millon!
pero me asalta una duda;
¿aprobará usted el medio
que me sugiera la astucia

para evitar que el mocito
con esa maldita fuga
nos dé el disgusto del siglo?

D.ª GUMERSINDA. Sí que aprobaré.

D. PATRICIO. Aleluya.

D.ª GUMERSINDA. Ya sabe usted que le espera
ó el desahucio ó la fortuna.

ESCENA IX.

D. PATRICIO.—D.ª SINFOROSA.—ADELA.

D.ª SINFOROSA. ¿Ves á lo que nos espones
con tu constante manía?

D. PATRICIO. De hacerme reconvenciones
basta por hoy, hija mia.

D.ª SINFOROSA. Qué ha de bastar.

D. PATRICIO. Déjame.

D.ª SINFOROSA. Qué has hecho, dí, del dinero?

D. PATRICIO. Del dinero? lo gasté.

D.ª SINFOROSA. ¿En meriendas!

D. PATRICIO. Nó.

D.ª SINFOROSA. Embustero:
ó con alguna....

D. PATRICIO. Otra riña.

D.ª SINFOROSA. Dame paciencia, señor.

D. PATRICIO. Que lo está oyendo la niña.

D.ª SINFOROSA. Y á mí que lo oiga, mejor.
Así sabrá que su padre
es un vicioso que amengua
los medios.

D. PATRICIO. Y que su madre

tiene mucha, mucha lengua.
Si, que he gastado, leal
lo confieso.

D.ª SINFOROSA. Qué insolente.

D. PATRICIO. Pero á «La Internacional»
he llevado mucha gente.

D.ª SINFOROSA. ¡El alquiler de tres años
cómo poderemos pagar!
en la calle...

D. PATRICIO. A los amaños,
Sinforosa, hay que apelar.
No te turbes, ni sofoques;
tocando con discrecion
ciertos registros.... hay toques,
que valen medio millon.

D.ª SINFOROSA. Loco estás.

D. PATRICIO. No por la fé
de un Internacionalista:
—Ven y te convenceré
de que soy propagandista.—

ESCENA X.

ADELA.

¡Qué placer de disputar!
y así pasan todo el dia;
yo no tendré esa manía
cuando me llegue á casar.
¡Qué disparate! rabiar
por mañana, tarde y noche
y ese contínuo reproche

á todo.... la esposa debe,
ya que el diablo se la lleve,
que sea alegre y en coche.
Yo disputar ¡San Antonio!
siempre, siempre muy contenta;
presumo que es mala cuenta
en lances de matrimonio
darle placer al demonio
con malas caras y gritos...
Pues son los hombres bonitos
para adelantar así;
aunque tengo para mí
que no han de ser tan malditos.
Porque sea como quiera,
la verdad es que se casan,
y casados ya, ellos pasan
de esta ó la otra manera.
Con ser una zalamera,
saber llorar y sufrir,
ó bien saberla fingir,
alguna afeccion nerviosa,
se crea la hábil esposa
un brillante porvenir.

ESCENA XI.

ADELA.—LEON.

LEON. Mi Adela...
ADELA. Importuno.
LEON. Mi dueño. .
ADELA. Pesado.

LEON. Mi amor...

ADELA. ¡Qué fastidio!

LEON. te viene buscando.
A las dos te dije;
las dos han sonado,
y exacto á la cita
á tus piés me hallo (Se arrodilla)
Luz de mi esperanza,
de mi bien santuario,
flor la mas hermosa
de los verdes prados;
tímida paloma,
bien tan codiciado,
cual lo es al sediento
al arroyo manso;
mi gloria, mi dicha,
mi gozo, mi encanto,
mi amor, mi consuelo,
mi edem, mi regalo,
oiga un sí tiernísimo
de tus rojos lábios.

ADELA. Sombra de mi dicha,
de mi mal armario,
planta, arbusto ó berza
la peor del campo.
Buho que entristece,
mal tan agarrado
que curar no puede
ni el doctor mas sábio;
mi pena, mi susto,
mi angustia, mi llanto,
mi ódio, mi duelo,

mi infierno abreviado,
oye el nó mas seco
que dijeron lábios.

LEON. (Levantándose) Y tú tienes alma?

ADELA. La tienes tú acaso?

LEON. No ves que me muero?

ADELA. No ves que me canso?

LEON. Amame, paloma.

ADELA. Déjame, milano.

LEON. Ya obediente cumplo
tu fiero mandato;
sin mas dilaciones
á Cuba me marcho.
¡La rabia me ahoga!
Ni duros agravios,
ni frios desdenes
á mí me agoviaron
tan solo un momento;
nací yo muy bravo.
Ya Cuba me espera,
y á Cuba me marcho.
Allí, en la pelea
la muerte buscando
con ánsia bravía,
con fiero entusiasmo,
la calma á mis males
tal vez halle al cabo.

ADELA. Por Dios, Leoncito,
no grite V. tanto.

LEON. Ya veo enemigos,
ya de los caballos
escucho el estruendo,

ya bajan al llano,
ya rápidos vienen.
¡á ellos muchachos!
que España nos mira,
por ella muramos.
(Golpeando con el baston las muebles)

ADELA. (Huyendo de los golpes)
¡Ay! ¡ay! qué locura.

LEON. (Continúa dando golpes) Mi heróico brazo...

ADELA. ¡Papá,! ¡mamá mia! (gritando)

LEON. (Siempre dando golpes)
No quiere descanso.

ESCENA XII.

LOS MISMOS—D.ª SINFOROSA, á poco D. PATRICIO.

D.ª SINFOROSA. Qué es esto, Vírgen de Atocha!

LEON. (Cogiende á D.ª Sinforosa por el cuello)
Ríndete.

D.ª SINFOROSA. ¡Favor! ¡socorro!

D. PATRICIO. (Saliendo apresuradamente y amparando á D.ª Sinforosa
¿Qué hacía usted con mi mujer?

ADELA. (Corriendo hácia D. Patricio)
Papá, si se ha vuelto loco.

D. PATRICIO. Pues Leganés no está lejos.

LEON. ¡Cuánto va á que me incomodo!

D. PATRICIO. Hombre, no; lo que yo quiero
es que se calme usté un poco,
y me diga francamente
por qué ha sido el alboroto.

LEON. Por lo de siempre.

D. PATRICIO. No entiendo.
LEON. Sabe usted que á su hija adoro,
que ella tenaz me desprecia,
y habiendo llegado al colmo
de la desesperacion,
en que rabiando me ahogo,
como le dije, me voy
á Cuba.
D. PATRICIO. ¿Sí? pues me opongo.
LEON. ¿Oponerse usted?
D. PATRICIO. Y tanto.
LEON. Es inútil.
D PATRICIO. ¿Pobre mozo?
LEON. Deje usted el paso franco.
D. PATRICIO. De aquí no sale usted.
LEON. Pronto
el paso libre, ó si no...
D. PATRICIO. (Cerrando la puerta y guardándose la llave)
Echo la llave y la escondo,
y veremos, señor mio,
si sale usted.
LEON. ¡Qué bochorno;
encerrarme!
D. PATRICIO. Si señor.
LEON. Usted se estima en muy poco,
provocando así mis iras.
D PATRICIO. ¡Vaya, no sea usted tonto!
Yo cuando hago una cosa,
en algo formal me apoyo.
Cálmese usted; con paciencia
se vencen grandes escollos.
¿Quién le ha dicho á usted que Adela,

no varíe y sea...?

LEON. ¿Cómo,
es posible?

D. PATRICIO. Muy posible.

LEON. ¿Y qué hay que hacer?

D. PATRICIO. Por de pronto,
no chistar, estarse así...
como aquel que se hace el bobo,—
—usted se hallará en su centro—
mientras arreglo el negocio.

ADELA. (A D.ª Sinforosa) Es empeño singular;
no acepto ese matrimonio.

D. PATRICIO. (Que al acercarse ha oido estos dos versos, á Adela)
Repara niña rebelde,
que ese nó grave y redondo,
nos trae mas calamidades
que trajo el cólera morbo.
Repara que debo mucho,
y que sueldo ya no cobro,
que ese jóven que te adora
está feroz como un oso,
que quiere marcharse á Cuba
y que su madre en el colmo
del dolor, me ha dicho: si él
realiza su intento, mi ódio
caerá sobre usted tremendo,
continuado, rencoroso.
Y tú, hija mia, no sabes
cuantos medios horrorosos
tiene una casera airada,
si no se le paga pronto
aquello que se le debe,

y yo no tengo ni un óbolo.

ADELA. Bueno, tendremos paciencia,
y cuando regrese el otro...

D. PATRICIO. Con qué no cedes?

ADELA. ¡Papá...!

D. PATRICIO. ¡Maldicion sobre nosotros!
Es decir, desahucio, embargo,
costas, escribano y todo.

LEON. (Acercándose con interés)
¿Ha arreglado usté...?
El viage:
márchese usted, no me opongo. (Abre la puerta

LEON. Esto es burlarse de mí:
me dijo usted hace poco
que Adela...

D. PATRICIO. Pues justo, Adela
dice que nones..

LEON. ¡Oh! mónstruo!

D. PATRICIO. Pero en cambio yo me voy
con usted.

LEON. Vaya un engorro.

D. PATRICIO. Desprecia tu amor y el mio. (Llorando)

LEON. De veras?

D. PATRICIO. (Llorando) No ves mis ojos?
Llora tú.

LEON. Sí, lloraré.

D. PATRICIO Y LEON (Llorando) ¡Infelices de nosotros!

D.ª SINFOROSA. (A Adela) No te apiadas?

ADELA. ¡Madre mia,
si yo quiero tanto al otro!

D. PATRICIO Y LEON (Con ademan ridículo)
A Dios, para siempre, á Dios!

LEON. ¡Te perdono!

D. PATRICIO. ¡Te perdono!

(Cogidos del brazo van á salir y son detenidos por Doña Gumersinda)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—D.ª GUMERSINDA.

D.ª GUMERSINDA Qué es esto?

D. PATRICIO. Nada señora,
que tomamos el portante.

D.ª GUMERSINDA. ¿Se lo lleva usted, tunante?

D. PATRICIO. Así la suerte traidora
lo ha querido en este instante.
Bien sabe Dios el trabajo
que he empleado y el corage
por evitar el viage,
mas todo se vino abajo
y hay que hacer el equipaje
Ella quiere á un militar,
y en su tremendo egoismo
me hace rodar al abismo,
vaya usté á contrarestar,
si puede, al militarismo.
(Dirijiéndose á Adela)
A Dios, otra vez.

ADELA. Papá.

D. PATRICIO. Tú de reducirme tratas
máñosa, mas si no acatas
mi mandato.....

ADELA. Cedo ya.

D. PATRICIO. (A Leon) Acércate, papanatas.
ahí tienes á tu muger.

LEON. (A Adela) ¡Oh mi adela angelical!

ADELA. (A D. Patricio y Sinforosa)
Pues señor, esto es formal,
¡ay! la víctima vengo á ser
yo de «La Internacional.»

D.ª SINFOROSA. (A Patricio) ¿Aun seguirás en tus trece?

D. PATRICIO. Espera.

D.ª SINFOROSA. Vana porfia.

D. PATRICIO. (A D.ª Gumersinda) Esta casa será mia
si usted cumple lo que ofrece.

D.ª GUMERSINDA. Si señor.

D.ª SINFOROSA. ¡Ay! qué alegría!

D. PATRICIO. Señores, soy propietario,
como habrán podido oir,
é inútil será decir
que esto un cambio estraordinario
en mí debe producir;
pero por mí solo, nada
me atreveré á realizar,
¿no es cierto que si variar
me conviene, una palmada
me lo debe aconsejar?

FIN.

313-

3 0112 115872993